

## Capítulo X

### *Superstratum*

El español y el portugués son superstratum de las lenguas habladas por los pueblos no ibéricos que contribuyeron a formar la actual América mestiza.

La imposición de esas dos lenguas ibéricas sobre tan vasto y variado continente no ha dejado de despertar asombro. Ese asombro se intensifica al considerar que la imposición lingüística está acompañada de una imposición cultural o es parte de ella. Rosenblat se pregunta: “¿Y cómo se explica que pequeños puñados de plebe hispánica, al disolverse en la inmensidad americana, hayan plasmado hasta tal punto el alma histórica de un continente, le hayan impresa en tal grado el sello inconfundible de su personalidad?<sup>338</sup>”

Lo de “plebe hispánica” nos parece exagerado después de leer a Amado Alonso, quien demuestra la participación más o menos proporcional de todas las clases sociales de la Península en la empresa conquistadora y colonizadora de América<sup>339</sup>.

Sostenemos que las lenguas y la cultura de la Península no concuerdan con la idiosincrasia latinoamericana, y que, por tanto, no pueden expresarla adecuadamente, lo cual da lugar a la antinomia cultural-idiosincrasia que nos permite explicar muchos fenómenos específicamente latinoamericanos. Es superficial y simplista decir que “La historia hispanoamericana, colonial e independiente, se ha movido hasta ahora dentro de los moldes orgánicos de la herencia peninsular”<sup>340</sup>. Reconocemos, sin embargo, las ventajas prácticas de la imposición del español y del portugués en Latinoamérica.

El hecho de que tengamos solamente dos lenguas, nuestro superstratum lingüístico, resulta altamente favorable para la integración cultural, política y económica que necesariamente tendrán que hacer nuestros pueblos.

El superstratum es además de gran valor en cuanto a la asimilación de la técnica y la ciencia modernas; el surgimiento de Latinoamérica ha coincidido con un gran movimiento expansivo de la cultura occidental y es más fácil traducir los esquemas conceptuales de la física y de la ingeniería, por ejemplo, al español y al portugués –lenguas indoeuropeas– que al motilón o al bantú.

También ha coincidido el surgimiento de Latinoamérica con el creciente predominio de la tendencia a lo general y universal en todos los asuntos mundiales y con el progresivo reconocimientos de la unidad de la especie humana. El que muchos pueblos hablen pocas lenguas concuerda con esa tendencia y con ese reconocimiento.

Andrés Bello sintió un injustificado terror ante la posible fragmentación del español en América: “Pero el mayor mal de todos, y el que si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en

---

<sup>338</sup> A. Rosenblat, *La lengua y la cultura de Hispanoamérica. Tendencias actuales*. Librairie des éditions espagnoles, París, 1951, p. 27.

<sup>339</sup> A. Alonso, *op. cit.*, *Temas hispanoamericanos*, pp. 7-72.

<sup>340</sup> A. Rosenblat, *La lengua y la cultura...*p. 27. También dice, erróneamente a nuestro entender, “todo lo que bulle detrás de la tela (de nuestro traje) es, desde Méjico a la Argentina, con matices variados, bullir de sangre española”. *Ibid.*

América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín”<sup>341</sup>. Por eso escribió su gramática: “Sea que yo exagere o no el peligro, él ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra, bajo tantos respectos superior a mis fuerzas”<sup>342</sup>. Su terror era, por desgracia, injustificado: tal peligro de fragmentación nunca fue grave, como hemos visto<sup>343</sup>; se le escapaba, además que fue precisamente en el “tenebroso período de la corrupción del latín” cuando las nacionalidades europeas se encontraron a sí mismas, crearon formas culturales acordes con su idiosincrasia y lograron el esplendoroso desarrollo que no ha flaqueado hasta nuestros días.

Nos tocó un período histórico distinto al de “la Europa” durante la corrupción del latín, y en él las ventajas pragmáticas de la unidad lingüística exceden en mucho a las aducidas por Bello: “Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vehículo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes”<sup>344</sup>.

---

<sup>341</sup> Andrés Bello, *Obras completas*, tomo IV, Gramática, Caracas, 1951, p. 12.

<sup>342</sup> *Ibid.*

<sup>343</sup> Vide capítulo VII de esta obra.

<sup>344</sup> Andrés Bello, *op. cit.*, p. 11